

José Manuel Benítez Ariza

PANORAMA Y PERFIL



COLECCIÓN DKV DE POESÍA

LIBROS CANTO Y CUENTO

MEDIODÍA

LA calle es una urna transparente.

Y sólo el vuelo de una golondrina
traspasa las paredes de cristal
para perderse tras las casas blancas.

Tímidamente alargó
la mano para comprobar
que también yo puedo fundirme en esa
masa de luz compacta.

Tímidamente acerco los dedos a la llama.

RESPUESTA

ÁRBOLES,

crezca en la palma de mi mano
vuestra manera de abarcar el mundo.

Sienta yo ahondarse en mí vuestras raíces,
y que el aire que me circunda sea
tan mío como la espaciosa esfera
de luz y cantos sostenidos
que se contiene en vuestra copa.

Que en la mañana soleada
brote de mí
un surtidor de pájaros.

Que en el atardecer las sombras sean
mi única pesadumbre.

Que en la noche mi cuerpo se compacte
en una masa opaca de rumores.

Apenas sensitivo, sí,
pero con todas y cada una
de mis terminales nerviosas
dispuestas a sentir
la ilimitada variedad del mundo.

Y sin moverme de mi centro.

ALLÍ

ALLÍ, ahora mismo, un viento suave,
a contrapelo casi de las piedras
recalentadas por el sol,
agitará las copas de los árboles.

Y en lo más hondo de la casa,
en un receso de frescor
que es también un recuerdo del clima de la casa sin nosotros,
una luz suave tocará la mesa en la que se estremecen los papeles.

Allí, sobre las brasas de ese fuego apagado.

Allí, mejor que aquí.

EN LA PARADA

ENCOGIDAS de frío
en la parada de autobús,
estas mujeres son la imagen misma del abatimiento.

Toda esa pesadumbre en sus abrigos.

Y la evidencia de que sus pies absorben,
como raíces, la frialdad del suelo;
y que esa sensación de parálisis sube por sus miembros
hasta extinguir en ellos todo vestigio de calor.

Me he visto reflejado en ellas muchas veces.

Me he palpado y sentido el tacto apelmazado de sus prendas de abrigo,
y aguzado el olfato
hasta captar dentro de mí,
en ese punto donde las sensaciones propias
remiten a un pasado irredimible,
un denso olor a mantas viejas,
a sala caldeada con estufa de gas,
a zapatos mojados.

Y también ese olor de la proximidad buscada,
de cuerpos que se abrazan para entrar en calor.

Ahora ese calor nos abandona

MARINA

CADA barca invertida es un caparazón,
y hay tantas horas detenidas
como tortugas quietas junto al mar.

Constructor de castillos: la noche te sorprende
y combates el frío abrazado a tu perro.

La moneda que no he querido darte
tiembla también en mi bolsillo.

Ahora soy yo quien toma un puñado de arena
y mi mundo de ayer se me deshace entre las manos.

Una mujer desnuda pisa el mar.

(Lo he soñado.)

El mar: ese agujero donde hierven los peces.

PADRE

MALABARISTA.

Mago también,
por la extensión ilimitada
de todos los prodigios a tu alcance.

Recuerdo que podías
saltar de un tren en marcha.

(Eso decías.)

Recuerdo que podías acertar de un disparo
una moneda al vuelo.

(Lo viste hacer a James Stewart
en *Winchester 73*.)

Y el aullar de esos lobos en la sierra,
en una noche de tu juventud
(estabas de maniobras),
alimentó mis pesadillas.

En un solar vacío, una noche de invierno,
te detuviste y vi subir
el vaho tibio de tu orina
desde el suelo encharcado.

Te vi empequeñecerte
al volante del coche
que condujiste por primera vez.

Te vi volver, ufano, de una larga,
gozosa sobremesa con amigos
y entristecerte ante la cara adusta,
ofendida, severa, de mi madre.

Y recuerdo, también, los sorbitos de anís,
de vino moscatel, de ponche,
que me diste a beber en las mañanas frías.

A mis ocho o diez años,
la caña de cerveza con la promesa cierta de un bocado
que suavizase el amargor.

El trabajo a destajo, el trabajo de noche,
el trabajo por cuenta propia algunos fines de semana.

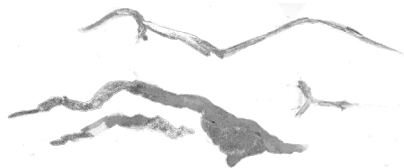
Los modestos jornales que gané ayudándote.

El accidente y mis argucias
para burlar al celador y llevarte el periódico.

Mago, malabarista, *andra polítropon*.

Encuentro cada día
cosas nuevas de ti en mí.

En mi desconocerme te reencuentro.



Se acabó de imprimir el 3 de noviembre de 2014. El dibujo del colofón es obra de Carmen Benítez Robles.